

MEDITACIÓN XV

DE LA RUPTURA.—(CONTINUACIÓN.)

II

DESPUÉS

Me acuerdo perfectamente de que el día en que rompí mis relaciones con Coleta de un modo tal que me hizo comprender era definitivo, comí muy contento y con gran apetito. Me vestí silbando unas coplas que ella había cantado, con esa ironía que nos venga a solas de nuestras antiguas debilidades, y me fui muy contento a un estreno, en donde me encontré con Masurier, el más amable de los anfitriones del *demi-monde*. Este es hombre de unos cuarenta y cinco años, rico y soltero, cuyo mayor placer es sentar a su mesa, en su hotelito de la calle Bayard, a las más lindas de las impúdicas y a los más agradables de los vividores. En su casa la comida es excelente, los vinos exquisitos y el dueño vale todavía

mucho más que su bodega y que su cocina, porque tiene siempre un billete de quinientos francos sin interés a la disposición de sus convidados aburridos o aburridas y un buen consejo para los que, como yo, le toman por confidente de sus asuntos del corazón. Ese hombre grueso y sonriente, con ojos azules muy penetrantes en su alegre fisonomía de vividor, ¿habrá sido un amor desengañado? ¿Es un escéptico que se acuerda, o un diletante que vive por curiosidad? No lo sé. Masurier no habla nunca de sí mismo, y sus más íntimos amigos confiesan que nunca les ha confiado nada, ni han adivinado sus secretos. Escéptico o diletante, comprendo que me aprecia. Tenemos los escritores un olfato tan delicado para conocer esas simpatías, como el de las mujeres bonitas. Masurier se acercó a mí diciéndome:

— Parece que estáis muy contento... ¿Una aventura, eh?... Acordaos, vos, el hombre de los aforismos, que a mí se debe éste: «A buen tiempo, mala cara.»

— Es lo contrario,—le contesté; y acto continuo le conté mi ruptura, con todos los detalles que le daban el carácter de definitiva.

— Está bien—me replicó Masurier poniéndose serio—, habéis tenido valor para dejarla, ¿lo tendréis para olvidarla?...

Luego añadió sonriendo y moviendo la cabeza:

— En amor, los hechos nada prueban. El pensamiento es el todo. Procurad ahora, pues, desterrarla de vuestra mente...

Sí, bien me acuerdo. Fui en seguida a sentarme en mi butaca, sin fijar mucho la atención en la frase que acababa de oír; pero al día siguiente y muchos des-

pués ¡ah! cómo me convencí de cuán justo era lo dicho por Masurier, cuando reconocí que nunca había sufrido tanto como después de mi ruptura con Coleta. Me asemejaba a esos pobres mutilados, a quienes les duele la pierna que les han cortado. Esto me pareció al pronto una anomalía demasiado rara, singular, y que sólo se verificaba en mí; pero después miré a mi alrededor, hablé con éste, con el otro, entre los amantes sin yugo y comprendí que su estado era, la mayor parte del tiempo, lo mismo que el mío y deduje, por lo tanto, que las consecuencias de la ruptura son por lo general insoportables. «Es el mal en los cabellos del amor...» decía también Masurier. Sí; son intolerables casi siempre, cualquiera que sea la situación del amante, y esto es muy fácil de probar. Hay dos hipótesis principales en toda ruptura; y éstas se subdividen cada una en otras dos. O bien el amante ha abandonado a su amada, o ésta a aquél; la ha dejado no amándola ya, o amándola todavía; ha sido despedido por una sabia maniobra de su parte, en contra de su voluntad. Estos son cuatro casos diferentes a mi parecer; pero no sé cuál de ellos es el peor mirándolos uno después del otro con el microscopio.

* * *

Primera hipótesis.—Adolfo ha roto por sí mismo y lo ha hecho, porque estaba harto de aquellas relaciones. Le llamo Adolfo, porque le supongo haber sufrido las distintas crisis del *adolfismo* y atravesado sus distintas fases. En fin, todo concluyó, y saborea con gusto la alegría del momento, esa alegría que he

descrito hace poco respecto a mí. Pero, al siguiente día, al otro o al tercero, empieza, siempre como yo, por experimentar una sensación de vacío y nota, sin querer darse cuenta de ello, que le falta algo. Cierto es que Lucía, Carlota, Eugenia o Enriqueta se le había hecho completamente insoportable; pero el hecho de enfadarse con ella, el pensar sobre el medio de que se valdría para engañarla, el verificarlo así y guardarse de su espionaje, son cosas que ocupaban a este amante sin amor, y una vez suprimida esta ocupación, no sabe ya en qué emplear el tiempo. Si tiene la suerte de dar en seguida con una nueva aventura, el aburrimiento se desvanece; pero hay una ley bien conocida de cuantos se consagran al galanteo, y es que si poseemos una, nos encontraremos con diez a nuestra disposición, y si somos libres, no tendremos ninguna.

Nuestro hombre se despierta por la mañana bostezando: maldecía de su amante porque la dedicaba dos o tres horas diarias, pareciéndole esto una especie de esclavitud, y ahora que dispone de ellas y de las otras veintiuna, se pregunta en qué ha de emplearlas... Según sea su posición social, se va al café, al teatro o al Círculo; visita a algunos amigos o parientes a quienes no ve desde hace mucho tiempo, éstos le reciben con bastante frialdad, él lo nota y se acuerda de que suya es la culpa, por haber faltado a sus deberes de cortesía para con ellos. Este es el primer período que sigue a las rupturas, el del *aburrimiento*, aquel en que el amputado procura andar como si conservara la pierna, sin acordarse de que se la han o se la ha cortado.

Existe, sin embargo, una notable diferencia entre esta pierna y un amante. A la pierna cortada, los cirujanos se la llevan, y el pobre lisiado sentirá gran melancolía al pensar en que esa antigua amiga que le servía para correr cuando era niño, y más tarde para acudir a felices aventuras, ha sido deshecha, fibra por fibra, en una mesa de disección; pero ya la cosa no tiene remedio, y no sentirá nunca el pesar de figurarse que ha sido cosida al muñón de otro individuo, ni el disgusto de ver a ese otro ir y venir delante de él con aquella pierna que ha sido suya.

La mujer abandonada sigue viviendo, llora, está desconsolada; pero siempre encuentra a alguien que enjague sus lágrimas y que se ofrezca a consolarla. A pesar de vuestra fatuidad masculina que os persuadiría fácilmente de que nadie ocupará vuestro sitio, un resto de buen sentido os hace suponer lo contrario. Pero ¿qué os importa... si eso os divierte...? Y al amigo común que encontráis y a quien pedís noticia de aquella mujer, le decís: «Vaya, contadme lo que ocurre, y puesto que yo he sido quien la ha dejado, no temáis que vuestras noticias me produzcan honda impresión. Me estoy oyendo a mí mismo cuando pronuncié dicha frase. Este es el segundo período, el de la *curiosidad*. Instáis al amigo: «¿Os ha hablado mal de mí?...» y basta que os conteste. «No, no;» afirmándoos que vuestra amiga amante no os guarda rencor, sino que os ha perdonado, para que representéis la más cómica de las comedias, la de vuestro descontento por esa indulgencia; descontento que se torna en cólera más cómica todavía, si se os confiesa que ha entablado nuevas relaciones. Este es el período

do de la *indignación*, ya estudiado en una de las *Meditaciones* sobre los celos, y una prueba entre mil de la verdad del siguiente aforismo:

LXXI

El sueño amoroso del hombre es engañar a una amante fiel.

Por lo regular, a este período de la indignación sucede el del *pesar*, y he aquí a nuestro Adolfo, que durante meses enteros suspiraba por su independencia, que no quería ya a su amante y que la había dejado por su propia voluntad, enamorado otra vez de ella; pero dicho amor se manifiesta por la más fina burla. Este es el momento en que el chischisveo de la mujer de mundo, que se hubiera considerado antes como deshonrada al cometer la menor indiscreción, empieza a hablar de ella con la más pérfida crueldad, en que el antiguo adorador de una actriz le niega todo talento, y en que el de la mujer entretenida cuenta las infamias de que fué víctima, infamias que, sin embargo, había perdonado. De este período, se pasa en seguida al *odio*. Bonita combinación químicose-sentimental es esta, que no comprende la pobre amante abandonada. Después de haber sentido mucha pena, se ha consolado lo mejor que ha podido; pero se hubiera alegrado mucho de conservar nuestra amistad, así lo dice y es muy posible que lo piensa, aun cuando pocas mujeres ignoran esta triste ley de nuestro corazón.

LXXII

De un antiguo amor se puede hacer uno nuevo; pero no se cambiará nunca en amistad.

* * *

Segunda hipótesis.—Este fué mi caso con Coleta, y tanto he pensado en él, que a fondo debo conocerle. Amaba yo a esa mala mujer y la despreciaba al mismo tiempo. Esto me producía una sensación horrorosa que me estaba bien merecida, porque todas mis caricias, todas las apasionadas palabras que la prodigaba en la habitación de la calle de Rivoli, eran vergonzosas, si tenía en cuenta lo que había pensado, y, sobre todo, lo que había dicho de ella la víspera o el mismo día en que iba a verla.

Los celos furiosos, deshonrosos, si bien motivados, a que me entregaba después de recibir sus íntimas caricias, demasiado me probaban que era yo un niño enfermo, un alma desvencijada, incapaz de querer y de vivir. Dejé, pues, de verla y de poseerla; pero salvo aquella primera noche en que la energía que desplegué para separarme de ella me proporcionó cierta alegría, ¿qué consuelo dió esta ruptura a mis dolores? Lo mismo sucede siempre con esas separaciones en que por motivo de amor propio o de dignidad, un amante abandona a una mujer a quien adora.

La ausencia y la separación, lejos de curar nuestro sentimiento, le dan una fijeza en las ideas, que nos

hace incapaz de resistir su influjo. Mientras poseíamos a esa mujer, por más que nos engañase y lo supiéramos, el decirselo cara a cara nos proporcionaba cierta dulzura. Estas abyectas alegrías gustan cuando se ama despreciando al mismo tiempo. Asistir desde lejos a sus devaneos, haberse negado a sí mismo el derecho de increperla por ellos, haberse encerrado en el orgullo y prohibido hasta el menor suspiro, es, sin duda, lo bastante para ganarse la consideración de las pocas personas que conocen el secreto de vuestras agonías; pero con qué gusto se sacrificaría ésta por diez minutos de las antiguas locuras, por un sorbo de ese vaso de agua cenagosa y envenenada, que la mano de vuestro demonio os hacía beber antes y os refrescaba, sin embargo, un poco.

Mirad en el fondo, muy en el fondo de la conciencia del hombre que se cree en el deber de abandonar a una mujer a quien ama todavía, y encontraréis allí la oculta e inconfesa esperanza de que ésta no le dejará partir. La deja, no obstante, y su amada corre detrás de él, solamente que muchas veces no sabe hacerlo. Por más que las mujeres sean muy astutas y diestras, existe en el corazón del hombre una cosa de que no se dan bastante cuenta, porque la mayor parte de ellas no lo sienten en el suyo. Esta cosa es el orgullo.

Los medios que emplean para atraer de nuevo al que las abandona, se dirigen, por lo regular, a sus sentidos y a su vanidad. Introducirse en su alcoba y trémula de amor echarse en sus brazos, causándole así la embriaguez de los sentidos, inspirarle celos para que vuelva a su lado, influido por el frenesí que

le produce una imagen impura; representar la comedia de la desesperación y del falso suicidio para lisonjear su ingenua fatuidad.

Tales son los más comunes procedimientos de que se valen esas hábiles sirenas, consiguiendo en muchas ocasiones atraer al infiel; pero con la firme resolución de pagarle en la misma moneda y de dejarle a su vez, cuando él menos lo espere. Suele acontecer, sin embargo, que den con un amante que se diga «Si volviera, me despreciaría yo mismo...» y no vuelve. Para vencer a éste, se necesitaría emplear otra estrategia, darle razones que le hicieran estimarse al volver al lado de la abandonada; mas la mujer que tuviera bastante delicadeza para maniobrar de tal modo, tendría lo bastante también para ser leal en amor.

La *Dalila* emplea siempre uno de los otros medios, y éstos son, para el amante que ha tenido el valor de dejarla, el colmo del suplicio, porque todas las astucias de su antigua amada para conquistarle otra vez, le prueban que ha tenido razón al despreciarla y dejarla. No existe ninguna situación moral más abominable, y es pagar muy caro el derecho de decirse: «He sido el más fuerte.» Masurier, con quien estuve filosofando respecto a esto, pretendía que con una mujer a quien se ama y se desprecia a la vez, el mejor remedio es llegar al desamor por la saciedad, porque...

Y como él sabía que estaba yo escribiendo esta *Fisiología*, me dijo: «Puesto que somos aficionados a los axiomas os someto los siguientes:

LXXIII

«*Querer curarse de una mujer que se adora todavía cuando se la deja, es lo mismo que querer apagar la sed sin beber.*»

LXXIV

«*La más segura venganza para una mujer a quien dejamos amándola todavía, es probarnos que merecía ser amada.*»

«Entonces añadiré yo este otro» le contesté:

LXXV

«*Para un loco, la peor de las desgracias es no estarlo del todo, y para un amante, el juzgar su amor.*»

* * *

Tercera hipótesis.—Ese calavera de Andrés Mareuil me dió de ésta una fórmula, almorzando juntos un día en el café de D... calle Royale.

—Mira—me decía comiendo un huevo pasado por agua—, dado que la mujer y el hombre son dos vanidades exasperadas por el sexo, el problema para separarse ambos sin que se sufra, se resuelve satisfaciendo primero los apetitos materiales hasta la saciedad, lo cual es fácil; luego, poniendo de acuerdo ambas vanidades. ¡Si tú supieras qué cómodo es esto! Consiste sencillamente para el hombre en ha-

cer por su parte cuanto le sea posible, que no será mucho, para que se le abandone, y eso puede suceder cuando él quiera, a una hora dada, ni un minuto antes ni un segundo después... Su amor propio está satisfecho, puesto que engaña a su amante, siendo más cómico que ella, y ésta se queda tranquila y alegre, porque cree haberle jugado a él una buena pasada... Convengo en que se necesita mucho tacto, porque el menor descuido puede echarlo todo a perder... Tengo un medio muy sencillo, que casi siempre me ha salido bien... Tan pronto como me voy cansando de una mujer, la asesino a fuerza de buenos procederes, la colmo de delicadas atenciones, la ahogo de amor... no me muevo de su lado hablándola sin cesar de mi cariño, la harto de mis sentimientos... me finjo celoso de cualquiera que pasa por la calle o que se presente en su casa, reñimos y la perdono siempre con gran efusión de ternura... En fin, después de quince días de este delirante ardor, la mujer, cualquiera que sea su posición, no tiene más que una idea, desembarazarse de mí, y este es mi triunfo. Acepto el ridículo para gozar de mi libertad. Tal es el deseo que tiene de que me disguste, que se deja cortejar delante de mí por cualquiera...; pero yo no me enfado... nada veo, permanezco a su lado cada vez más enamorado, más ardiente y más confiado. Me engaña, me lo dice, cojo mi sombrero, salgo diciendo que voy a levantarme la tapa de los sesos, y no lo dudes, ingreso en el número de aquellos de quienes se dice suspirando: «Pobre muchacho, cuánto me amaba.» ¿Está bien imaginado, di?

—No lo está del todo mal—contesté, divertido por

la verbosidad con que me había revelado su programa—; pero, ¿y si esa estratagema no basta?

—Si no basta—repuso con aire triunfante, gustoso en demostrarme los recursos de su astucia—, será porque se trate de una mujer muy enamorada, y en ese caso es más fácil todavía. Me las arreglo para tener a mi disposición una criatura bella, joven y excesivamente voluptuosa; me entrego con ella a todo el frenesí del placer, y consigo de ese modo llegar en calma, muy en calma, a casa de mi amante... La hablo entonces de mi salud perdida, de dolores de estómago incompatibles con el amor, de prescripciones medicinales... ¡Vaya, que no se hace largo el procedimiento, y en quince días...!

—¿Y no te remuerde la conciencia al obrar así?

—No, por cierto.

—¿Ni tienes pesares tampoco?

—Menos.

—¿Has estado verdaderamente enamorado alguna vez?

—He creído estarlo; pero me he convencido desde muy joven de que en amor, la única felicidad consiste en no amar.

—¿Tienes enemigas entre tus antiguas amantes?

—Ninguna.

Después de esta conversación fué cuando escribí estos tres axiomas, que pudieran ser firmados por *Pero Grullo*:

LXXVI

No hay más que una manera de ser feliz por el corazón, y ésta es el no tenerlo.

LXXVII

Una mujer os agradece siempre la ocasión de haberos abandonado.

LXXVIII

No es el hombre más astuto que la mujer, sino cuando es más mujer que ella.

Pero estos axiomas serían incompletos si no añadiese que acabo de saber la noticia del casamiento de Andrés con Cristina Anroux, antigua amiga de Coleta, de quien he hablado ya, y que se halla enojada conmigo, porque tiene sospechas de que he estado bien con ella durante veinticuatro horas. Cristina se lo habrá hecho creer así. ¡Me aborrecía tanto! Después de todo, yo prefiero mis antiguos pesares amorosos sin astucias.

* * *

Cuarta hipótesis.—Es la más trivial y por raro que esto parezca a primera vista, es también la más deseable. El amante siempre enamorado, a quien su amada abandona en plena pasión, habla tal vez de levantarse la tapa de los sesos y piensa efectivamente en ello. Dibuja pistolas en la margen de su papeles, como lo cuenta Beyle de sí mismo en sus memorias inéditas: «Me salvé del suicidio, añade, por la curiosidad política y, sin duda, por el temor de hacerme daño...» Esas horas son muy crueles de pasar; pero ¿queréis que nos fijemos un momento en las mise-

rias de que está exento este amante abandonado? En primer lugar, de la duda, el peor de los martirios, y en segundo, de otro que el enamorado de esta clase no conoce, cual es la incertidumbre de la sensibilidad, ese vaivén de la emoción, tan pronto en alza como en baja, que acaba por producirnos una especie de mareo del alma. Su amor confiado y alegre antes, se halla ahora en la desesperación y en la evidencia del abandono; pero a lo menos su situación es sencilla, despejada y franca.

Este hombre tiene un parecer propio y está de acuerdo con él, mientras que Mareuil, yo y todos los demás Adolfos, diestros o torpes, no hemos obrado nunca conformes con el nuestro. Es necesario no amar, o amar como el amante de que nos ocupamos, con locura en la felicidad, con pesares de niño, verdaderos y completos pesares en la desgracia.

Así es que, fijaos bien en ello, cuando ha llorado, cuando ha dibujado muchas pistolas en la margen de sus páginas; cuando el tiempo, en fin, ha consumado su obra, este amante sencillo y abandonado, no siente ninguna amargura en el fondo de su corazón; ha sido primero feliz, luego desgraciado, y nada más. No ha envenenado su existencia con la astucia, que no sirve más que para ser engañado con mayor amargura, para halagar la vanidad de ser el más fuerte en el ridículo de nuestras debilidades y para la desconfianza que acarrea la traición, como la aguja metálica atrae el rayo. ¿Pero es acaso un don singular el ser amante sencillo? ¿Es una suerte encontrar a una mujer que os dice: «Hemos acabado...» el día en que su amor ha concluído de verdad? El no racioci-

nar nunca respecto a su amor cuando se ama, es un don y es una suerte sufrir sin comprenderlas las leyes expresadas en estos aforismos, que acabarán de evidenciar los peligros de los días que siguen a la ruptura:

LXXIX

El amor es una enfermedad y el enfermo más cuerdo en esta dolencia, como en las demás, es aquel que, no habiendo leído nunca un libro de medicina, no sabe lo que tiene y sufre, sin pensar en ello, como un cuadrúpedo.

LXXX

La amada que nos abandona cuando más la amamos, nos ahorra meses o años de pequeñas desilusiones. El hombre es tan ingrato para este favor, como para los demás.

LXXXI

El estrechar la mano del rival con quien nuestra amada nos ha sido infiel, quien a su vez es también engañado, produce un delicado placer, como hubiere dicho La Rochefoucauld.

LXXXII

La prueba de que la experiencia no sirve para nada, es que el final de unos amores, no nos impide empezar otros.

LXXXIII

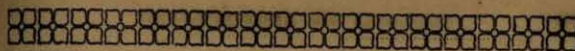
No se está verdaderamente curado de una mujer, sino cuando no se siente curiosidad por saber con quién nos olvida.

LXXXIV

Cada final de amor se parece a una mudanza, siempre se rompe algo. En la décima, ¿cuántos muebles quedan sanos?

LXXXV

No perdonamos a una amante el habernos fastidiado con su amor, sino cuando obra de modo que nos deja libres de ella, sin darnos un sustituto.



MEDITACIÓN XVI

DE LA RUPTURA.—(CONTINUACIÓN.)

II

DESPUÉS (CONTINUACIÓN).—DE ALGUNAS VENGANZAS

Decididamente Andrés Mareuil, antes de abdicar, casándose del modo que lo ha hecho, fué un filósofo profundo. Lo uno no quita lo otro. ¿No ha escrito Lafontaine una de sus más bonitas fábulas con la historia del astrólogo que se deja caer en un pozo? Hojeando mis notas, encuentro siempre alguna de las conversaciones que hemos tenido juntos y que se relacionan con el famoso tratado del *Arte de romper*, que tal vez escribirá ahora que se halla encadenado para toda la vida.

Algunos poetas son así, no sienten la dulzura de las situaciones, sino cuando se verifica la reacción. Estos diletantes celebran el amor puro con tanto más fervor, cuanto peores son las circunstancias en que se encuentran; gustan con más viveza de la sencilla felicidad que produce la familia, cuando se hallan